

FREUD, ¿UN PSICOMOTRICISTA?

Relectura del Fort - Da freudiano desde una observación de práctica psicomotriz

Resumen

Diferenciar en el registro imaginario las distintas imágenes: motrices, visuales, auditivas.

- Conceptualización de la representación psíquica del movimiento: la imagen motriz. Su proyección. Su introyección.
- Matrices simbólicas del movimiento en lo Real: la imagen visual de la orientación en el espacio.

Hipótesis a desarrollar: la proyección del objeto realizada a partir del cuerpo, al ordenarse en una orientación, crea la imagen visual del mismo movimiento. Esta imagen, al reclamar la atención del niño, le permite quedarse quieto. La representación del cuerpo sin movimiento, parado o estable, falta en los niños que presentan hipercinesia. Por ello, deducimos que no pueden usar su cuerpo como eje de proyección de las pulsiones.

Consecuencias terapéuticas de dicho desarrollo en los déficits representacionales:

hiperactividad y déficit de atención. Un niño en análisis en la sala de psicomotricidad.

Introducción

Me propongo pensar las diferencias, en el sentido de la especificidad y sus límites, de la psicoterapia psicoanalítica y la terapia psicomotriz, a partir de los objetos con que se dota cada marco y cuerpo teórico, para la investigación.

La mirada del psicomotricista incidirá en el registro imaginario. La escucha del psicoanalista incidirá en el registro simbólico. Hasta aquí parece claro y ordenado. Pero el caso de un niño hiperactivo al que atendí durante tres años en análisis, que me demandó trabajar en la sala de psicomotricidad, me enseñó a armar un aparato nuevo de lectura. Este aparato sería equivalente al Fort-Da freudiano, dado a ver en imágenes.

Metodología

Describir el campo de intervención de una praxis, a partir de sus zonas pulsionales.

-La observación (la mirada del psicomotricista). Imágenes motrices, visuales, auditivas. Lo imaginarizado de lo Real. Herramientas de trabajo e investigación: la foto, el video. La presentación de casos mirados. Una teorización que apunta a los déficits de la imaginarización. El psicomotricista se nutre de las imágenes. Descifra escenas sintomáticas, parte de lo real, se encamina hacia el imaginario. Ofrece un marco para explorar nuevas vías identificatorias imaginarias, pero no cuenta con el trabajo con los padres para situar las identificaciones simbólicas. Está más cerca de la construcción del Yo-Ideal. Favorece la construcción del narcisismo. Más acá de la demanda.

-La escucha (el oído del psicoanalista). La palabra. Lo simbolizado de lo Real. Y su vuelta. Herramientas de trabajo e investigación: la escritura, la presentación de casos narrados. Una teorización que apunta al déficit de la significación fálica. El espacio representacional que va de la demanda al deseo. La mirada y la voz. El psicoanalista se nutre de las palabras. Parte de lo real y se encamina a lo simbólico. Cuantifica la significación fálica. Cuenta teóricamente con el registro imaginario pero carece de un espacio real, donde desarmar las alineaciones mal construidas y rearmar, desde la tópica del espejo, un nuevo narcisismo. Puede

diagnosticar su subjetivación, pero no puede ofrecer un espacio ni los objetos no figurativos que permitan la vivencia del pasaje del organismo al cuerpo real, vivenciando los contrastes y sus matices.

Parto de una relectura del Fort-Da freudiano, con la mirada puesta en Freud y su nieto, en la escena de ambos (¿nos imaginamos que vemos la escena?). La presento como un video. La escena conlleva imágenes motrices, visuales, y auditivas.

Hipótesis a desarrollar: Si viéramos la escena en formato de video, podríamos deducir que el ajuste de Freud, al apoyar la mirada y la acción de su nieto al tomar el objeto, nos da a ver una imagen motriz que se orienta en una dirección de ida y vuelta.

Vemos:

A Freud mirando. Ajustado, cuando se va la madre sigue mirando. Ve cómo su nieto toma un material (un carretel), que es una cuerda con un piolín anudado al extremo. Se fija en lo que hace con ello. Atiende al movimiento del lanzamiento de la cuerda con su piolín. Espera a ver qué sucede. Ve que se da un movimiento rítmico de ida y vuelta.

Dicho movimiento se repite. El objeto (piolín) desaparece de la visión, el niño lo lanza de manera que el piolín quede bajo su cunita. La

cuerda siempre en su manita. Escucha este fonema, "00000", pronunciado por el niño, acompañando al carretel en el momento de la partida, hasta la desaparición del objeto (piolín, bajo la cunita). Escucha el otro fonema, "AAAAAAA", que se inicia en la aparición visual del piolín, en el movimiento de vuelta hacia el niño. Implementa una significación a los fonemas: "000" será Fort (fuera de aquí) i "AAA" será Da (aquí).

Para crear el concepto "fuera" se necesitó pasar por la acción: "Fuera de aquí". La traducción literal del alemán de la palabra "Fort" es fuera de aquí, dicho como una orden. Echarlo fuera, objeto mediante, con el cuerpo, alejarlo de la mirada, así se representa el niño una imagen motriz del mismo movimiento. Campo fértil de la psicomotricidad. Anudamiento del registro real con el registro imaginario en Lacan. Campo de las angustias arcaicas en B. Aoucouturier.

Podríamos decir que la mirada de Freud está sobre la escena, y la lectura está en la interpretación cuando lee lo metafórico en la orientación del objeto, representando el movimiento que hizo la madre (desaparecer de la vista del niño). Desaparecer en lo real de la mirada. Pero metafórico en el sentido de matriz simbólica del espacio, no de significante.

De primeras, es una lectura del movimiento (ida y vuelta). En lo motriz, una línea recta. Un dibujarse el movimiento que marca un espacio, sin imagen visual, sin palabra. Al repetirse la orientación del movimiento, ya se puede ver. De segundas, sobre la marca, es una imagen visual que puede repetirse a voluntad (enmarcarse el ir y venir). En lo sensorial, la desaparición del objeto (piolín), es un borramiento, un vacío, donde la mirada pasa al otro lado del espejo y se identifica con él.

El primer movimiento es el de abrir, con un objeto, un espacio imaginario que representa el mismo movimiento de la madre. En lo real estaba la madre y ya no está. En lo sensorial del niño, ¿cómo nos imaginamos la desaparición visual del cuerpo de la madre? Me vino la imagen de cuando una madre pierde al hijo en el parque, en el zoo... El momento en que el pequeño desaparece de su visión. La angustia consecuente. ¿Qué se hace en esta situación, antes de pedir ayuda? Mirar, mirar y mirar sin orientación posible. Eso es la angustia. Se acude a la última representación visual, se busca hacia dónde, una orientación que vuelva eficaz la búsqueda.

El niño toma el objeto y representa, aún no a la madre como imagen, sino su movimiento. Imagen motriz inaugural donde poder asentar una imagen visual repetida que dará la pauta binaria donde separar, del "fuera de aquí", el

“aquí” y el “fuera”. El corte entre ambos lo marca en el espacio el tope del carretel, lo que da de sí la cuerda, el punto real donde inicia el recorrido de vuelta. La línea repetida será la imagen visual de una recta, el ordenamiento real de una línea que no existía antes en el espacio, como no existía en la psique representacional del niño, que sobre esa línea él se puede orientar. Puede andar sobre esa línea, saltarla, modificarla hacia otra dirección, ampliarla o recortarla, ralentizarla.

El segundo movimiento es de recogida en el espacio imaginario, de la cuerda con su piolín, hacia el niño. Brazo, mano y cuerda traen de vuelta al objeto con un significante que nombra al sujeto en el espacio virtual donde se identificó con el objeto: Aquí.

En la dimensión temporal: “000000”, “AAAAAA” equivalen en tiempo simbólico al tiempo real (imposible de cifrar) que tarda el carretel en ir o venir. Por ello se dice que el concepto es el tiempo. El tiempo de ida ha de cumplir un objetivo: que el objeto desaparezca. El tiempo de la vuelta trae al objeto marcado por su cualidad identificatoria: el niño fue el objeto mirada cuando desapareció el piolín. Se enuncia, como lo que está Aquí, lo que estuvo afuera.

Vi la diferencia en el carretel (tomado como objeto), su composición en dos elementos (cuerda y piolín), con lo que pude diferenciar la dimensión espacial (cuerda) con la cual se penetra en el espacio imaginario, donde el Yo ve la falta de objeto, y por ello la extrae como objeto de la pulsión; y el piolín (objeto), que lo trae de vuelta nombrando al espacio metaforizado (Aquí), elidido el Sujeto, que ya se dividió.

La cuerda lanzada y recogida especulariza al movimiento. El objeto en el extremo es el que desaparece, pero como está anudado, no rompe la figura, no se desprende, sino que funciona como el objeto que delimita, en lo visible, el vacío.

El Sujeto no sólo es efecto de la pulsación temporal (cadenas del significante y su significación), sino también de su inmersión espacial que le otorga un cuerpo imaginario, desde donde ya se podrá hacer desaparecer. Porque se puede enfocar. ¿Quién le enfoca? El objeto que no está. El cuerpo especulariza, el objeto @ no, y por ello es posible la identificación.

Así entiendo mejor que Lacan se fije en cómo el niño, unos días más tarde, se entretiene en hacerse desaparecer del espejo, y diga: “Bebe. 00000000”. Ahí se ve bien la relación de juntura de la división. Entre el espacio del

cuerpo de goce y el espacio del sentido y la significación del significante, con su letra. El Yo que se constituyó fuera con la falta de objeto, se puede fijar en un punto donde coincidan el “aquí” y el “dentro”, para poder repetir nuevos lanzamientos, ahora ya de significantes.

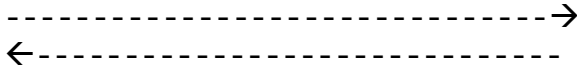
Pero este trabajo partió de entrada al fijarse en que el organismo humano tiene brazo, mano y dedo que pueden señalar los objetos, como primera expresión del deseo. El bebé deseante señala con el dedo, extendiendo el brazo; en los bebés que no lo hacen, eso es señal de que algo no va.

Una vez señalados (ya tiene una imago de su cuerpo, el brazo es perpendicular al cuerpo), por lo que la orientación distinta ya se ve, y los coge en su mano. ¿Para qué? Para lanzarlos, penetrando con los objetos este espacio imaginario que abre con su cuerpo. Y en ese espacio que va recortando, es donde desaparecerá el objeto. Primeras metonimias reales de la falta de objeto, que empujarán a la metaforización. Quiero decir que los poetas sabemos que el ritmo precede a la palabra.

No es una sustitución, sino una involución significante, la constitución subjetiva, ya que el objeto @ no debe estar en el cuerpo, pero tampoco fuera de él como si fuese lo real. Si el organismo es lo real, el cuerpo

real ya no lo es. Éste posee sus imágenes motrices, que dan forma a ese primer “moi”, recortado en el espejo, pero sin incorporación del significante. Así entiendo mejor que la pulsión tenga que tener relación con un real distinto que el que hay bajo el cuerpo imaginario. La pulsión no toma como real la libido, sino la necesidad, y pasada por el Otro, obtiene la Demanda. Y cuando el Sujeto se articula con ella con un nuevo operador corte, extrae la pulsión.

El psicomotricista ve a los niños dibujando el movimiento en lo real del espacio, del propio del cuerpo y el de los objetos. Puede recortar, ampliar, reducir, parar estas imágenes que se crean. Así transforma el movimiento en representación mental del movimiento. Del movimiento cosa a un representante de dicho movimiento. El carretel, el objeto, sería el lápiz que dibuja la orientación. Marca así el espacio; al limitarlo, ofrece un patrón - imagen que puede permanecer mentalmente. Ya no es más movimiento loco; sin orientación, queda en lo Real; con orientación, dará paso a la imagen visual. De ella, si se repite, se extrae la voz, porque ya es compartible, comunicable. Creo que las imágenes motrices no son compartibles, pertenecen a la geometría, pertenecen al organismo y a la física, se pueden dibujar, no decir.



¿Qué hay fuera de la recta, sino el agujero real? Lo que diferencia esas dos líneas es la orientación. Pero lo que observamos como psicomotricistas es que la proyección del objeto permite al cuerpo permanecer estable, y esa imagen motriz del cuerpo quieto permite proyectar la mirada y la voz fuera del cuerpo, ya como objetos de la pulsión. Pulsiones resultantes del círculo del objeto de la Demanda: lo oral, lo anal. Están en el grosor del toro. Pulsiones desde donde el Yo puede coger al objeto de la pulsión: mirada y voz. Desde el plano proyectivo del fantasma.

Un ejemplo: una madre puede alimentar y limpiar a un bebé eficazmente; pero cantarle una nana, acariciarlo con la mirada, sin deseo, no se puede. El deseo inconsciente requiere su proyección desde una imagen interna, desde donde se emite. Su objeto no hace cuerpo, no es comida, no es hez. Mirada y voz son etéreos, no se pueden tocar, medir. Tocan al otro o no, suponen un abismo, un riesgo. El riesgo del deseo del otro. Si lo tocan y vuelve de regreso, algo habrán atrapado del deseo del otro.

Consecuencias clínicas de dicha lectura. Hipótesis de trabajo

En los trastornos de “déficit de atención e hiperactividad”, los déficits de representación del movimiento no permiten usar el propio cuerpo como eje de proyección, como el punto de partida donde una orientación sitúe el punto estable, que permita representar al cuerpo sin movimiento, y como consecuencia, mirada y voz no se construyen. Quedan en una repetición sin encuentro, de un pedido oral que se intercambia como exigencia, y un don anal que se intercambia como proyección agresiva (¿sádica?).

“No escuchan, no ven”, se dice de ellos como si no fuesen operativas ni la mirada ni la voz.

Tratamiento de un niño diagnosticado como hiperactivo de los 9 a los 12 años. Recorte de viñetas clínicas

Los primeros contactos que tuvimos de este paciente fueron dos años antes, cuando a demanda de la escuela y de la familia y a raíz del diagnóstico, empezó un tratamiento de ayuda psicomotriz en pequeño grupo. Este trabajo le fue bien en ciertos aspectos, pero no lo encontramos suficiente e hicimos la derivación a un tratamiento en análisis.

Primer tiempo: daños colaterales. El rechazo familiar, social... Proyecciones sádicas. Trabajo familiar. Posición de la terapia: niño en análisis. Diagnóstico del síntoma del niño como síntoma de la pareja. El fantasma materno: un niño psicópata. Lo trae a terapia por si un día le piden cuentas. Rechazo del niño a la relación dual. Escenificación del rechazo.

Segundo tiempo: Psicoterapia en la sala de psicomotricidad. El fútbol. Los bolos. La casa de tres pisos.

Tercer tiempo: vuelta al análisis. La construcción de la diana. El objeto punzante. La proyección de un objeto que pincha, el marco protector a ese objeto, el panel, la transgresión: pinchar la pared. El apuntar: hacer diana, el objeto dañino puede ganar... puntos, si se apunta bien.

Transcribo la segunda sesión, ya que de la primera sólo recuerdo el absoluto rechazo a venir al espacio. Lo expresó rompiendo todos los papeles que le ofrecía para dibujar y haciéndose el dormido mientras iba repitiendo: "Yo no quiero estar aquí", con fuerte rabia. Yo me puse a escribir que no sabía qué hacer. El niño iba tomando mis papeles, y los rompía, uno tras otro. Yo los iba guardando en una caja. Se despide diciendo que no piensa volver. Yo sólo le digo: "Aquí estaré".

Segunda sesión: el niño me saca de la consulta. Me encierra fuera del espacio. Quedo fuera. Él está muy tranquilo. Sorprendida, me quedo en silencio. Espero. Lo oigo hablar y reír. Finalmente le digo: “Abre la puerta y me explicas el juego”. Abre, mira si estoy angustiada. No lo estoy o no lo muestro (un poco sí, la verdad). Dice: “El juego es hacer que el otro haga lo que quieras” (ahí sitúo la demanda de especularización, la tomo como una repetición donde el objeto es el cuerpo del otro, no el campo del Otro, y por ello no la trabajo en el plano del fantasma. Quiero decir que ahí sitúo su alienación al fantasma materno. La demanda la tomo como “dame a ver ese fantasma, para poder desalinearme”. Le digo: “Pues tú ya empezaste, me hiciste desaparecer. Ahora me toca a mí.” “No, no, otra vez yo”, insiste firmemente, “otra vez yo, yo, yo”. Acepto. Me hace moverme, él da órdenes, arriba, abajo, me pauta los movimientos, flexiones, uff. (Vean cómo hablo en repetición del “me”).

“Arrodíllate”, ya más tiránico. “Soy tu Rey, tú me obedeces”; uff, me arrodillo. “Sí, mi señor, estoy para servirle”. (Lo juego). Se troncha. “Ahora te toca a ti”. Tomo el papel de una princesa caprichosa, que se hace servir y siempre encuentra defectos y se queja: el té demasiado caliente o frío, es imposible satisfacerla. Lo hace, pero se aprecia que siente malestar. Le apremia tener su turno.

“Ahora yo”, dice; es un cirujano, yo la paciente, un boli será el instrumento, se acerca a mi ojo. Demasiado cerca, lo paro. “Sin daño”, digo. “Quería operarte el ojo”, dice. Admito que sentí miedo. Se lo digo. Su sonrisa es de satisfacción. Tiene ese poder. (Ahí sitúo una realización imaginaria. Va directo al ojo, el brutote).

Siguiente sesión: pide trabajar en la sala de psicomotricidad. Siente que fue retirado del juego grupal con los otros niños y expresa que no entiende el porqué. Recuerda que una vez construyó una casa muy chula y me pregunta si la podremos hacer. Estamos un tiempo, combinando el trabajo en la sala de psicomotricidad y el trabajo de mesa, también en la sala.

En la sala, pide:

-El fútbol: la ida y la vuelta del objeto. Un día me la tira con fuerza a la cara. Corto y pasamos a jugar a los bolos. Durante un tiempo, imprime fuerza y rabia a esa pelota que apunta a los bolos.

-Un día pide montar con cojines una casa con tres pisos, que recuerda que hizo con una psicomotricista de la que recuerda el nombre. “A ver si aguanta”; pues aguantó. La casa cae. Conmigo cae, no lo ayudo a hacerla, la verdad. Me dice: “Fulanita me ayudó”. Ahí siento que

no debo completarlo. No quiero sostenerlo físicamente encima de la casa. Me dice: “tú no sabes”. “Es verdad, yo no sé”, le contesto.

-Entrenarse para estar fuerte y más cachas. Su madre lo tiene a dieta estricta, ya que tiende a picar entre horas. Está gordito.

En la mesa, pide:

-Inventar juegos dibujados, con muchas normas, complicadas y que va cambiando cuando pierde. Arbitrarias. Acaba destruyendo dichos juegos, y dibujos. No le satisfacen. Los guardo en una caja.

-En una sesión, tomó unas cuerdas que tengo en una caja. Pidió atarme las manos. Así me detenía el movimiento. Él era un poli, yo un ladrón. Cuando me soltaba, permitía que me moviera. Ahí le propongo volver al despacho.

Se fija en una pequeña diana que tengo en mi consulta, y pide construir una muy grande. Le proporciono materiales (corchos, maderas, martillos, clavos) para construirla. La realiza en corcho, la clava a un panel de madera grande. Compro dardos de verdad. Se inscriben las normas del juego, cada vez más complejas. Las va acatando e inventa otras nuevas. Cada sesión, durante tres meses, acabará con el juego de la diana. Él colocará este ritual en lo que sería el espacio de

representación en terapia psicomotriz. Si lo ubico en análisis, hallo el significante de la transferencia, en la sustitución del boli por el dardo. El comprar dardos de broma (sin punta afilada) o dardos de verdad, con los que me puede hacer daño, moviliza mi angustia. Él los pide de verdad y yo accedo. Decido confiar en que no me hará daño. Ahí tramito mi angustia.

O sea, que la conceptualización analítica me sirve para ubicar en la transferencia la resolución del fantasma del daño, fantasma construido en relación al Otro primordial, y la conceptualización psicomotriz me sirve para ubicar el cómo expulsar en acción ese daño representado en ese objeto dardo afilado de hierro, que se clava profundamente si lo tiras con fuerza... en el corcho, agujereándolo, sustrayéndole un algo.

Quisiera graficar los lugares de las imágenes visuales (cuerpos). Véase gráfico al final.

El niño muestra mucha dificultad para situarse en el mismo lugar para tirar. Hago una raya en el suelo para que mantenga la posición. (Imagen motriz del espacio + imagen motriz de la verticalidad. Sólo el brazo puede traspasar la línea, no los pies). La perpendicularidad ante la diana armada funcionará como espejo.

El niño muestra mucha dificultad para esperar mi turno, una vez tira el primer dardo. Contamos en voz alta los tres tiros de cada uno, intercalados. En eco. “Uno, uno”, “Dos, dos”, “Tres, tres”... (Imagen motriz + imagen auditiva).

Se marca una raya de diferencia entre el campo del Sujeto y el campo del Otro, en el tiempo del decir, y en el espacio de los cuerpos perpendiculares a la marca en el suelo, por la prohibición de pisarla, dos cuerpos imaginarios (Tú-Yo) ante el espejo diana, que nos mira con su ojo en el centro.

Topología en Lacan:

Primero fueron ideas nombradas, conceptos: Simbólico, Imaginario y Real.

Más tarde, su discurso tomó un objeto: la cuerda. Con ella lanza fuera, al instalar imágenes motrices tensionadas (el nudo borromeo debe hacerse con las manos, para experimentarlo) unas imágenes visuales. El nudo, donde se tensa, también se puede ver, y por ello lo podemos dibujar como vacío.

Unos dibujos que ubican espacios conceptuales. Los tres registros, con sus agujeros. ¿Por qué podemos representárnoslos visualmente en movimiento? Porque tienen orientación (levógira o dextrógira).

Fantasmas de acción en Aucouturier:

Un niño “muy pulsional” sería un niño muy angustiado. ¿Podríamos nombrar esta falta de representación del recorrido de la pulsión de una manera diferente? Porque el concepto de pulsión, en Freud, indica un recorrido, una meta, una satisfacción.

El fértil terreno de la psicomotricidad, al ajustar un terapeuta a dichas resonancias tónico-emocionales, prepara el camino hacia el recorrido de la pulsión. Siempre parcial. Quiero decir, en un video, ¿cómo podíamos ver un fantasma de fragmentación? ¿O de licuefacción? Podemos deducirlo por la expresividad angustiante, por el llanto, por el grito, o por la paralización. Sin orientación, sin demanda.

Fantasmas de acción que se pueden visualizar: lo imaginario alrededor de una pulsión parcial: la devoración, la analidad (fantasmas de acción con representación visual). Ya se pueden orientar. Aptos para dirigir una demanda al Otro.

También habrá consecuencias clínicas: una orientación de la representación sensorio-motriz hacia una representación visual surge espontáneamente. El recorrido mismo de la sala permite diagnosticar a los niños que se pudieron fabricar imágenes, los que espontáneamente inician al llamado “simbólico”

de los que no. Los que permanecen en el sensorio-motor, acaso no piden, con su cuerpo, proyectar al movimiento fuera de él, hasta hallar una imagen visual, que instaure la diferencia entre cuerpo real y cuerpo imaginario.

Es en el aparato conceptual del Fort-Da, dado a ver, donde encuentro unas matrices simbólicas del movimiento que se dan por supuestas. No se nombran, pues lo simbólico tiene dicho límite.

En el movimiento de ida y vuelta (en la acción del carretel, vemos la diferente orientación espacial), se crea un espacio imaginario regular, la línea, donde fijar una imagen visual estable.

En el movimiento de la voz (“OOOO”, “AAAA”) escuchamos la diferencia fonemática que crea el tiempo para una imagen auditiva binaria. Ella encajará perfectamente en la estructura del lenguaje. Pero ya no es la línea recta la figura que representa esta nueva operación. Proveniente de la cadena significante en la operación decir y dicho, la figura del ocho interior ya permite situar al objeto @ en su dimensión de perdido, al que el recorte del objeto @ en el fantasma ofrece imagen. Sitúo esa cita: texto de C. Bermejo: “La involución significante entre el fantasma y el goce pulsional en *L’Etourdit*”. La estructura de la

demanda tiene que tener relación con el cuerpo, pero no es con el cuerpo narcisístico y su real (Real-Ich) sino con el cuerpo de goce introducido por el significante.

Si la metáfora nos produce el objeto @ en la triskelización para poder anclarnos en lo real sin significarlo, la metonimia debe, además de traspasar goce, producirnos el objeto @ como ganancia para completar la definición de pulsión y que ésta deje de ser un mito. Situar al objeto @ como distinto de los círculos de la demanda y su objeto (que es el grosor del toro) permite situar al objeto @ en su dimensión de perdido, al que el recorte del objeto @ en el fantasma ofrece imago, permite situar lo que no es significante en una estructura del significante sin que simplemente sea el fuera de ella por negación clásica.

Ahí ya puedo articular tanto el dardo como la diana en sus dimensiones espaciales y temporales, que ahora entiendo metonímicas y metafóricas. El objeto dardo, significante de la transferencia, pues mi angustia estuvo ahí en un primer tiempo, permite la operación metonímica que traspasa goce que proviene del fantasma, por medio de ese objeto metonímico (la punta del dardo) que es de hierro y recorta un agujerito en el ojo de la diana (recuerden que venía con esto: sacarme el ojo en la escena del cirujano) y una operación

metafórica, que nombra las veces que se repite en su campo de Sujeto, separado ya del campo del Otro. El significante en eco (uno, dos, tres) ya permite su cuantificación fálica. La diana tiene puntos, el máximo, al dar en el centro (él puso 200), y cuando lo conseguía: “Biennn, Guaiiii”. Cuando puntuaba menos, repetía con más ganas. Ahí empezó a poder perder. Soportaba que yo ganara, si era el caso.

Ahí acaba su análisis. Hablo con los padres. Su padre demanda. Está en entrevistas actualmente.

El niño pide llevarse todo lo que hizo. Lo mira todo y al final dice: “Sólo me llevaré la diana”. La desclava, la enrolla, y adiós.

Conclusiones

La desaparición del Otro materno, tomado como representante de lo traumático, permite la simbolización. El objeto va tomando el relevo. La transicionalidad se arma con representantes de la representación.

En el niño dañado en su representación (llamo así a los hiperactivos), la falta de representación motriz del movimiento impide la representación visual estable, las imágenes no se internalizan, no se puede recurrir a

ellas a voluntad, siempre se mueven. No hay dominio de la propia representación, y cualquier estímulo que suponga movimiento actúa como ataque a la representación propia. Se vivencia como daño, como destrucción.

Ordenar esa destrucción, marcando el campo del sujeto y el campo del Otro, en transferencia, orientándola en matrices espaciales regulares, binarias, permite el surgimiento de imágenes visuales aptas para la representación imaginaria que empalma el organismo con el espacio del lenguaje. Se anuda un triskel con los tres registros, “en que el objeto @ se produce al mismo tiempo que la triskelización, primer espacio de goce, al que el sujeto puede identificarse. Una identificación primera, mediante los tres registros y no sólo con significantes.” Cito de nuevo a C. Bermejo en el texto “El cuerpo, entre el espacio del organismo y el del lenguaje”.

La práctica psicomotriz nos da un marco físico para poder lanzar, expulsar, echar fuera. Y sus contrarios: recoger, traer de vuelta. El objeto a lanzar toma la representación del movimiento. Permite crear la imagen visual de esa acción (“Fueradeaquí” el objeto). Se extrae un “Aquí el cuerpo - Fuera del cuerpo el daño”. Entendido el daño como la imposibilidad de proyectar el propio movimiento. Pero entiendo que a condición de que ese objeto sea capaz de orientarse de una

manera regular y estable que permita una imagen visual de la destrucción. Transición del movimiento del cuerpo a un objeto que toma la representación del movimiento. Posibilidad del cuerpo de permanecer estable. Representación motriz de dicha diferencia.

Expulsar, en la acción de lanzar el objeto, que represente el propio daño (malestar de la ausencia de representación), permite un Fort-Da imaginario, donde alojar la pulsación temporal de la desaparición del objeto.

He de decir que la demanda de ese niño era ésta. A sus padres: “venga, pegadme”; y eso llegó a la transferencia ante un “No” mío por rayar la mesa con el boli (de nuevo el objeto haciendo maldades). “¿Me pegarías?” me preguntó, retándome. Si acoplamos a dicha posibilidad destructiva una orientación, una ida y una vuelta, abrimos un espacio imaginario, donde puede verse el recorrido espacial del movimiento.

La transición ya se puede armar. Lo motriz del cuerpo y su movimiento podrán separarse. Por la imagen visual orientada, una línea en el espacio, se ordena el movimiento del objeto; el cuerpo en reposo puede imprimir, al lanzar el objeto fuera del cuerpo, una dirección al movimiento. Este movimiento orientado ya se puede imaginarizar. Antes es puro caos, está dentro. O son uno; el cuerpo hace unidad con el movimiento del cuerpo. La destrucción, en

el lanzar fuera del cuerpo un objeto que pueda destruir, deconstruye esa unidad. Separa al cuerpo de una producción primera, su movimiento.

¿Acaso no vemos, en la destrucción de la torre de cojines, a aquellos niños que piden repetirlo y repetirlo, ahí fijados, pero a los que dicha repetición no les lleva a los objetos con los que armar alguna escena? Ahí sitúo la imposibilidad de realizar el corte de un ocho interior, es decir, una repetición que trae un objeto de vuelta que ya sea un significante incorporado. Es en este momento cuando se podría aportar el objeto que se lanza a la torre. Objeto destinado a desaparecer, para que pueda venir de vuelta, con su representación de desaparecido. Metonimia del movimiento fuera del cuerpo en un objeto que representa el movimiento, y que permite armar una nueva especularización. Al niño hiperactivo el espejo real no le interesa mucho: como no se fija la imagen, ya que no para, no se entretiene. Lo que le interesa son los objetos y moverlos metonímicamente. Uno tras otro, sin posibilidad de armar un juego reglado. Rechaza las normas de cualquier juego, no soporta perder, casi diría que no soporta jugar. Va orientando ese objeto metonímico en un movimiento de ida y vuelta, movimiento a repetir, hasta que se represente en imágenes visuales. Éstas convocan al ritmo

de los fonemas básicos, a la voz orientada hacia donde apunte el objeto.

Visualizar al objeto destruyendo la torre de cojines, después de la vivencia del cuerpo real que ya fue directamente a chocar contra la torre, permite a las imágenes motrices del cuerpo ir encontrándose con las imágenes visuales de sus movimientos. Apoyar con la voz, fonemas de descarga, donde la hostilidad representada auditivamente se proyecte en el espacio imaginario. Volver por el objeto, dejar vacío el lugar donde estaba el cuerpo.

Orientar la destrucción: es la idea que deseo repetir y fijar en esta charla. Porque una vez orientada, ya se puede representar con imágenes. Y una vez visualizada, ya se la puede proyectar.

La representación, en psicomotricidad, se inicia cuando un psicomotricista lee lo sensorial (real) y propone (ajusta) una respuesta motórica que ofrece imágenes motrices al niño que estabilizan sus patrones de movimiento. Esta estabilidad rítmica inicial será la primera matriz simbólica que permite a las imágenes visuales tener un lugar, enmarcarse, y diferenciar el cuerpo como estático o al cuerpo como movimiento.

Como psicomotricista, se me permite reparar, hacer prótesis de esos déficits del espacio

imaginario, porque la técnica, el espacio, los objetos etc., permiten vivenciarlo. Pero sobre todo, porque el aparato de lectura de la práctica psicomotriz permite leer, en lo real del espacio, las geometrías del cuerpo y comprobar cómo lo imaginario se llevó un pedazo de lo real, apto así para entrar en el lenguaje.

Allá donde no hay palabras, lo imposible de decir, la psicomotricidad permite visualizar marcas, geometrías, dibujos, por donde armar lo transicional del organismo a la representación de dicho organismo, cuerpo mediante.

Por eso, su herramienta de investigación es el video, porque nos permite ver las matrices simbólicas, antes de que sean conceptos. Por ello partí de ver el aparato que simboliza la simbolización por excelencia en psicoanálisis, el Fort-Da, como si fuese un video.

Ello me conduce a preguntar: ¿Serían los fantasmas de acción descritos por B. Aucouturier una teorización imaginaria de la representación psicomotriz? ¿Acaso no sugieren imágenes visuales los conceptos propios de dicha disciplina? ¿Es por ello que precisa de un juguete óptico, el video, para escribir sus avances teóricos?

Pues bienvenida, en el tiempo de la infancia, donde el fantasma se construye. Ya que ello nos permite no obturar con la interpretación, no dar sentido a lo que aún no tiene significado para el niño, ni teorizar con una simbología del movimiento. Más bien entender e investigar las posibilidades terapéuticas del registro imaginario, permitiendo la expresividad espontánea en el campo de la ayuda, orientando el caos representacional, en el terreno de la terapia.

Es decir, instaurando en el psiquismo humano la imagen motriz de la orientación de la pulsión, encaminada a la Demanda. Su mismo movimiento de ida y vuelta. Su producto será la imagen visual de la proyección. Ella abre el plano proyectivo del fantasma. El registro imaginario intermedia entre el simbólico y el real. Esta imagen es la que reclamará la atención, entendida ya como una ausencia de tensión corporal.

Lo que se reprime, esa imagen motriz del cuerpo unificado, ya con posibilidad de representarse como quieto, sin movimiento, esa imagen inconsciente del cuerpo unificada, permitirá diferenciar la representación del cuerpo quieto del cuerpo en movimiento. Esa diferencia otorga un dominio. Cuando decimos de un niño que está más centrado, ¿a qué centro nos referimos? Que puede pararse, detenerse. Representarse en quietud y atender

a las imágenes que dicha quietud le propone.
¿Es por ello que hiperactividad y déficit de
atención van de la mano?

Lola Bosch i Grau
Psicóloga clínica
Psicoanalista con niños, adolescentes y
adultos en consulta privada.
Psicoterapeuta psicomotriz en Tariqa-
Psicomotriu. BCN
Psicoterapeuta grupal con familias en Tariqa-
Psicomotriu
lolaboschgrau@yahoo.es

Gráfico de:

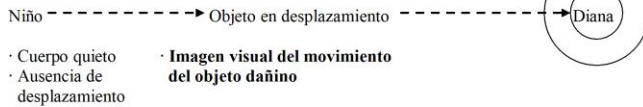
Los lugares de las imágenes visuales (cuerpos)

- Cuerpo del niño
- El objeto dañino
- La diana.

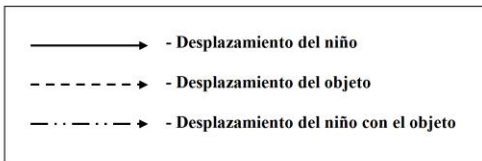
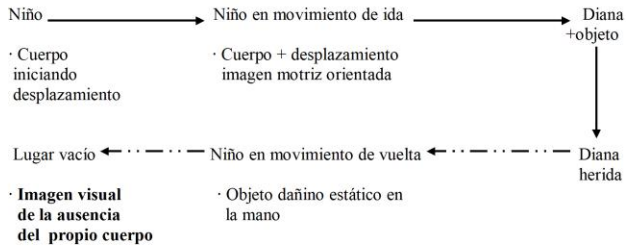
y su relación con las imágenes motrices (vemos líneas, bultos, estatismo o movimiento)

- El desplazamiento: Quietud - movimiento
- La orientación: Ida y vuelta. Línea recta

IDA : Lanzamiento del dardo



VUELTA: Recogida del dardo



Lola Bosch i Grau
Psicóloga Clínica
Psicoanalista
Psicomotricista

Congreso Psicomotricidad 2009
Bilbao
lolaboschgrau@yahoo.es

Referencias bibliográficas

Lluís Racionero: *Cercamón*. Pàg 18. Ed 62.
“Aquello que no se visualiza, no se entiende.”

S. Freud: *Obras completas*. Vol XVIII: *Más allá del principio del placer, Psicología de las masas y análisis del Yo* y otras obras. (1920-1922). Ed. Amorrortu.

Maurice Berger. *El niño hiperactivo y con trastornos de atención*. Ed. Síntesis.

Esteban Levin. *La infancia en escena*
Discapacidad.
Clínica y Educación. Ed. Nueva Visión.
Clínica Psicomotriz.

B. Aucouturier: *Los fantasmas de acción y la práctica Psicomotriz*. Ed. Graó.

Carlos Bermejo Mozas. Textos de su página web:

“El cuerpo, entre el espacio del organismo y el del lenguaje”

“Teoría de la representación para la involución significativa”

“Esbozos de la teoría de la representación en psicoanálisis”

J. Lacan. (1953-1954) *Seminario I*. Los Escritos Técnicos de Freud. Cap VII: “La tópica de lo imaginario”

(1969) *Seminario XVII*. El Reverso del Psicoanálisis. Cap III “Saber, medio de goce”. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Rosine Lefort: *Nacimiento del Otro*. Cap. 9. El espejoII. “El retorno” de la superficie espacio. Pág 151-165. Ed. Paidós.

Liza Dudelzak : “El traumatismo del goce.” Referencia presentada en el Seminario del Campo Freudiano. Enero de 2005.

<http://www.scb-icf.net/nodus/140FortDa.htm>

[ÍNDICE](#)